MEMORIAS DE VILLA ESPERANZA

Por JOAQUIN CALVO SOTELO

He aquí una casa que habla. No habla por sí misma, claro es. Pero hay alguien que habla por ella, que habla como ella misma hubiera hablado si tal don tuviera, que cuenta lo que ha pasado a lo largo de su vida, al amparo de sus muros, que se hace eco del dolor y de la alegría, del bien y del mal de cuantos la habitaron. Una casa que ha sido fiel siempre a una familia, que ha asistido a su germen y a su multiplicación, por la que han pasado las noches de velatorio y las de alumbramiento, donde, en suma, han muerto unos y han nacido otros; una casa, no ciega, sino con ojos abiertos a la calle inmediata y al más distanciado paisaje; una casa que ha visto cortejos de reyes y turbas de milicianos, gráciles balandros con sus blancas velas henchidas por el frívolo viento de las regatas y ceñudos barcos de guerra con los cañones apuntando acaso a ella misma, acaso a sus vecinas. Que esta casa tuviera sólo un número, sería injusto. Lo tendrá también, como es lógico, en la ordenación urbana de la calle a que pertenece. Pero casa tan sensible como ésa, con tanta capacidad de percepción y de eco para cuanto en su seno alienta, merecía un más expresivo señalamiento. Y así ha sido. La casa se llama "Villa Esperanza". Tiene, pues, un nombre femenino, no impersonal, un nombre de mujer y, por si fuera poco, un bello nombre de mujer. El nombre obliga. ¿Cuántas veces no se ha dicho así? "Villa Esperanza" ha pensado, lógicamente, que puesta bajo la advocación de un nombre de ese rango, debía honrarlo. Y ha escrito sus memorias, unas memorias en las que yo pienso que anda enredada, como es natural, una mano amorosísima, cargada de nostalgias de un pasado inolvidable, serenamente aposentada en el presente y con la conciencia muy en una dulce aceptación de cuanto Dios disponga para el futuro. Pero esa mano tiene una rara capacidad para ocultarse, como todas las que practican el bien, no por vanidad, sino por propia abundancia del corazón. Y ha urdido las cuartillas y se ha escondido en seguida. De esa manera, su obra—que ocupa casi un centenar de páginas—lleva sólo este título: "Memorias de "Villa Esperanza", 1880-1939". Y comienza con este introito orgulloso: "He albergado en mi solar cuatro generaciones". Pero nadie la firma.

* * *

Una casa está hecha para eso: para acoger entre sus paredes las pobres vidas humanas, defendidas en su seno tanto de los elementos como de la publicidad. Tiene que prestarles su íntima protección, su refugio, y hacerse tan acogedora, tan tibia, que desde lejos se la añore cuando no se la tenga y se piense en ella, en sus muros, en sus pasillos, en sus habitaciones con el anhelo de recobrarlos pronto, cuanto antes. Al ser así, un extraño proceso sentimental anuda los seres y las cosas, las cosas, sí, inanimadas y yertas, con el corazón agitado de cada uno. Se resiste el alma a su venta, aun cuando ricos galanes la ronden; se nos antoja una profanación pensar en que personas distintas de las que queremos se instalen en su recinto, y lo defendemos, como si fuera sagrado, contra cuanto lo amenaza o nos lo disputa. La ley, impasible, valúa estos sentimentalismos, a la hora inapelable de las expropiaciones, en un tres, o en un diez, o en un quince por ciento. El precio de afección lo llama. Pero cuantos han tenido que despedirse un día, definitivamente, de un hogar, saben que su precio no admite conversiones en moneda corriente. La casa en que se vivió largos años, abandonada al fin, es como un barco que se hundiera con una parte de nosotros mismos. Por el contrario, pisar cotidianamente por la misma arquitectura en la que lo hicieron nuestros padres y nuestros abuelos; amarse donde ellos se amaron; presentir, sin patetismos, el fin inexorable, allí donde a ellos les llegó, es como una forma de monarquía sentimental, que consagra esa impagable continuidad, a cuyo amparo diríase que el corazón de los mayores, vencido, afina su tictac al compás del de los hijos, y que el de todos forma, conjuntamente, ese acorde afectivo, que es, en suma, lisa y llanamente, la vida familiar. Por "Villa Esperanza" han pasado cuatro generaciones. Las cuatro abanderadas y fieles a la misma rúbrica: los Luca de Tena.

* * *

Sesenta y seis años no es, no, una cifra baladí para las personas, pero tampoco para los bienes inmuebles, qué caramba. Así, "Villa Esperanza" ha tenido que sufrir los embates del tiempo, renovarse, por no morir, ensancharse para servir las nuevas exigencias de los tiempos y hasta cambiar sus fachadas. El ingenio de los arquitectos hizo posible que la segunda "Villa Esperanza" aprovechara la fábrica de la primera. La tercera, ya no. Ahora bien: hubo de erigirse sobre el mismo solar de las otras dos. Las tres, sin embargo, han llevado el mismo nombre y han aposentado la misma familia. La primera llega hasta 1884. La segunda hasta 1907. La tercera desde 1911 hasta nuestros días. Dios haga que perdure siempre. Desde luego, la voz que narra la existencia, en sus tres fases, de "Villa Esperanza", es la misma, con el mismo registro, la misma modulación, la misma sencillez. Por esa voz sí que parece como si la vida se hubiera deslizado sin morderla. Esa voz no conoce más que un timbre: el de su añoranza. Y todos los matices nobles de la ternura, de la bondad y de la íntima paz. "Con estas reformas—dice "Villa Esperanza"—comencé a crecer. Había de cumplir, como mis propietarios, el mandato divino: "Creced y multiplicaos." Mejor dicho, yo he ido creciendo a medida que ellos se han ido multiplicando". "A mi fachada — había contado antes—se antepuso otra de madera pintada de roble claro, con filetes rojos, estilo suizo, que dejaba entre ésta y los muros primitivos dos galerías cerradas por cristales en las plantas baja y principal y una descubierta en la segunda, rematada por un templete picudo en el ángulo izquierdo". Pero, en resumidas cuentas, siem-

"Villa Esperanza". 1880-1884.

Cont.

pre hay algo dramático y angustioso en toda renovación. Cuando se van a hacer las obras, "Villa Esperanza" se siente transida. Piensa que si las piedras pudieran lamentarse, las suyas lo hubieran hecho. "Alguien también al trasladar objetos llenos de recuerdos, al despedirse de mis muros, de mi riente galería, de aquel cuarto, sobre todo, donde tanto se había sufrido..."

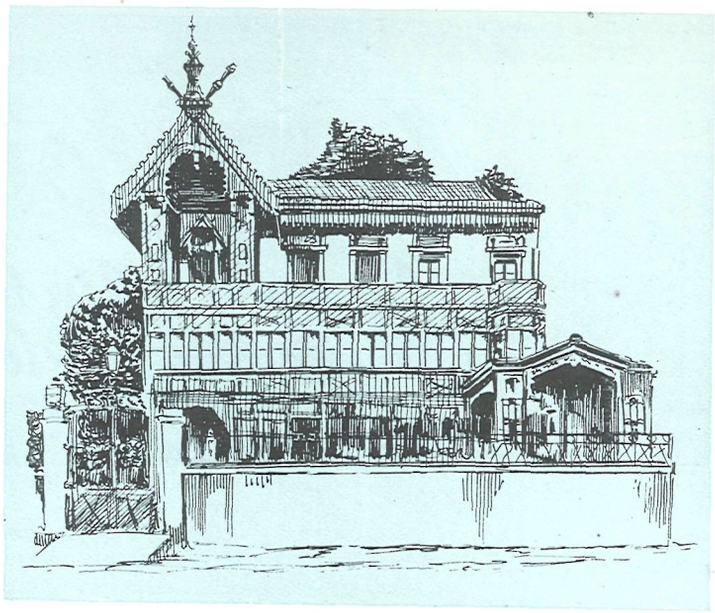
* * *

Mientras la casa aumenta, es que todo va por un camino de plenitud. El tronco se desdobla en ramas distintas. Cada rama se cuaja de frutos. Las varias conversiones de "Villa Esperanza" son debidas a ese ensanchamiento de la semilla inicial, que exigen una nueva reacomodación del espacio disponible. Pero de modo paralelo, y como es ley a la que nada humano se escapa, la muerte llega y perpetra sus raptos trágicos entre las cuatro paredes de la casa. Es cierto que hoy sus domésticos ecos abrigan el bisbiseo de las jaculatorias; pero, en cambio, también lo es que mañana reproducirán triunfalmente la risa de los niños. Voces infantiles se apoderan de ella. La tercera generación es fértil como ninguna. La casa ve durante mucho tiempo surgir rostros nuevos en sus umbrales. Ellos compensan las bajas, traen savia y jugos recién elaborados para los viejos odres. En el ínterin, los salones de "Villa Esperanza" polarizan muchos nombres famosos. Canalejas, Usandizaga, Tita Ruffo, los hermanos Quintero, Maeztu, Pradera, cruzan bajo su dintel muchas veces... Esta noche la casa aguza su atención. No quiere perder palabra de ciertas cuartillas que van a leerse en ella. Tienen un título: "Lo que ha de ser". Las lee un mozo de veintiún años, con una voz decidida, un poco rayada, un poco áspera, pero expresivísima. Al estreno precede una cena. La casa presta para ella su terraza, y subraya cómo varias botellas de agua de azahar habían sido en broma desperdigadas por los manteles para templar los nervios del autor novel. Todo, sin embargo, va sobre ruedas, y desde el proscenio del Victoria Eugenia Juan Ignacio Luca de Tena recibe sus primeros aplausos de dramaturgo.

Con una cierta melancolía, pero sin acritudes, "Villa Esperanza" sigue contando otras cosas. Aquella boda, por ejemplo, "que no se celebró en su recinto". Cualquiera otra villa menos generosa que ella sentiría celos de su exclusión. Ella, no. Gentilmente recuerda que hasta su seno llegó la alegría de los invitados, reunidos bajo los plátanos de las alamedas de la finca de Oria...

La finca de Oria es como una villa hermana. "Villa Esperanza" no se encela. No hace reproches. ¿Por qué ha de hacerlos?... Ah, ella está mejor situada que ninguna. La Concha se abre frente por frente de sus ventanales. La isla de Santa Clara es como un diábolo suspendido entre el monte Urgull y el monte Igueldo. Y Miraconcha es, al fin y al cabo, una señorial avenida, por la que se ha deslizado muchas tardes la carretela de la reina Cristina, y otras muchas el "Hispano" del Rey.

Más he aquí la mutación terrible. "Villa Esperanza" ve cerrarse un día el palacio de Miramar, del que dimanaban tantas cosas difusas e inapreciables para la ciudad entera, y refleja otro, en sus cristales, horrorizada, los fogonazos de la República. Ha estallado el espantoso año de 1931. Desde entonces, "Villa Esperanza" se sentirá corroída por inquietudes que antes ignorara. Cada ser querido que ve partir lo despide temerosa; a los que regresan los acoge con una alegría un poco febril. Van rodando las fechas por sus galerías... 1932, con su 10 de agosto—antes fué el Pacto de San Sebastián—. Veranos de 1933, de 1934, de 1935... Y un 13 de julio, en el siguiente: 1936.



"Villa Esperanza". 1884-1937.

* * *

"Villa Esperanza" oye los combates en las calles de Larramendi y en la de Urdaneta, del barrio de Amara. Ve las banderas de los triunfos contrarios. La roja y la vasca, la republicana y la nuestra. Ante sus persianas, descendidas, pasan los gudaris y los comunistas, los requetés y los soldados. Le silban las balas de los defensores del Gran Casino, y una mañana, cuando amanece, encuentra fondeados más allá de la barra el "Cervera" y el "España". Una plegaria angustiosa de quienes la ocupan es su única defensa para los cañones de la escuadra. La casa tercera de la Concha, sucumbe; otra, la situada en San Marín, cerca de Lercundi, es alcanzada, también. ¿Se desplomará, Señor, "Villa Esperanza"? ¿Está el acero enemigo apuntado a ella? ¿Todo será escombros, ruinas, fin...? ¿Ha llegado el instante postrero...? Venturosamente, el bombardeo concluye. "Villa Esperanza" sigue en pie. Aún le quedan, por fortuna, servicios inmensos que prestar. A la escuadra la ahuyenta la mano de Dios. Se anuncian, entonces, jornadas de gloria. Toda la inmensa familia de que ella era eje va a buscar cobijo en su techo, y para su orgullo, la última noche de Javier Luca de Tena, caído heroicamente en la batalla del Ebro, transcurre bajo la protección de su oratorio.

En esos inviernos, "Villa Esperanza" no se cierra. Sí en los otros. La aparición de octubre, con sus primeros ramalazos otoñales, la despoblaba. Ahora, no. Continúa habitada. Sus muros se hacen porosos a las buenas de la radio. La radio, abierta en aquel gabinete, va transmitiendo los partes triunfales. "Villa Esperanza" sirve de caja de resonancia para sus mejores fastos. Batallas del Alcázar, de Teruel... Toma de Málaga, de Bilbao, de Barcelona, de Madrid... Una mañana, la casa entera se abomba para que lo que la radio canta se propague hasta el último de sus rincones. La radio dice: "... cautivo y desarmado el Ejército enemigo... La guerra ha terminado..."

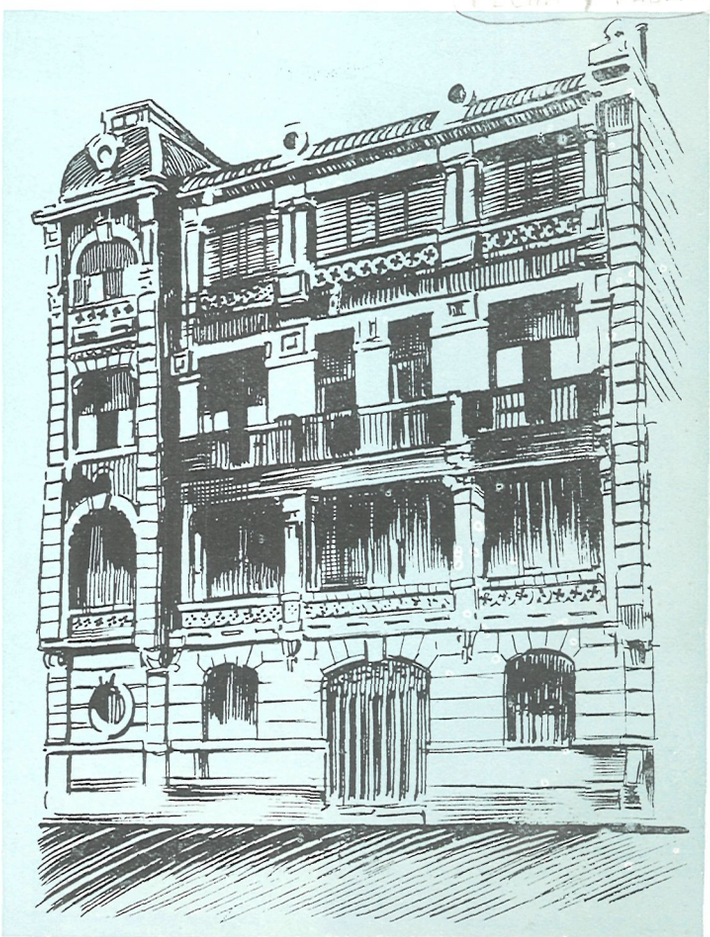
* * *

"¡Ah, ingratos!"—se duele "Villa Esperanza"—. "Me abandonaban en la víspera de mi fiesta titular. Habían de pasarla en Madrid después de cuatro años de ausencia. Fuí madre para ellos; los acogí en los días del destierro, había de ser madre igualmente para perdonarles su defección..." Sucede que "Villa Esperanza" vuelve a quedarse vacía. Es la paz. Cada uno de los grupos que la habitaron incidentalmente durante varios años, regresa a sus cuarteles de partida. "... en los nidos de antaño, no hay pájaros hogaño". "Ya dejé de ser el domicilio familiar; ya había de perder mi aspecto de señora grave, para volver a ser la casa veraniega, la frívola, la "de paso".

Entonces "Villa Esperanza" entiende que debe clausurar sus memorias. Ponerles fin. Ha abarcado en ellas muchos años. Varias generaciones. Y cita, en su coda, a los que la dieron ser: a don Juan García de Torres, a doña Pilar León, a don Torcuato Luca de Tena. Y pide la bendición del Altísimo sobre los que restan.

Una entrañable ventriloquía hace impersonal esa demanda. Pero es, naturalmente, un vibrátil y delicadísimo corazón humano el que la formula. Justamente nombrado Esperanza también, como la casa misma. Madre, hija y nieta han sido puestas bajo la misma advocación, como en una trilogía campoamorina, y así, merced a ellas, el entero espíritu de la familia mantiene sus lámparas fervorosas y claras. En ese ver encenderse el pabilo de las luces nuevas antes que la propia la desvanezca el ábrego irredimible, está, sin duda, la gran consolación de la vida. Y reunir cuanto se ama entre las nobles paredes de la casa, siempre fiel, constituye, sin duda, uno de sus placeres supremos. Bien haya el que lo saboree cumplidamente. Y aquel que pueda, al enhebrar la historia de su hogar, que es la historia de los suyos, hacer un balance en el que las horas buenas superen las malas, en el que toda tristeza se torne dulce con los años; en el que éstos, aunque sean muchos, parezcan leves, por ser tantos los apoyos filiales que ayudan a llevarlos, y en el que no exista una sola partida que no implique una labor fecunda para sí propio, para cuantos le rodean y para el país en cuya tierra ha mordido la casa sus raíces, y hacia cuyo firmamento ha elevado, honestamente, su vuelo.

FECHA Y PUBLIC.



"Villa Esperanza", desde su reconstrucción en 1911.